

## **CONCLUSIÓN: ¿SON AGENTES DE CAMBIO O UNA DISRUPCIÓN POLÍTICA?**

Las identidades colectivas de las minorías políticas, aunque hayan sido impuestas o resulten arbitrarias, tienen influencia sobre las vidas y las decisiones de los individuos que las ostentan. Estas minorías constituyen escenarios de socialización, vehículos de participación y por medio de su acción colectiva confieren parámetros políticos a sus miembros. La agencia política colectiva de la minoría se reproduce por dinámicas de solidaridad e identificación, pero también debido a que sus seguidores reconocen que de allí surgen fuentes de empoderamiento, foros, programas públicos y bienes específicos. Este dinamismo derivará en que, a lo largo de este siglo, las identidades de las minorías sigan teniendo centralidad en Estados Unidos; sus interacciones continuarán catalizando tanto la disrupción como la transformación política.

A lo largo de este libro se ha abonado mediante reflexiones teóricas y empíricas a las siguientes interrogantes: ¿por qué y en qué circunstancias las identidades políticas son incubadoras para la movilización colectiva?, ¿cómo una minoría, desde su posición de *outsider* político, puede influir para moldear la agenda pública de la nación?, ¿qué dinámicas de influencia y transformación colectiva despliegan? Para lograrlo, primero se situó la reflexión en el proceso político estadounidense en general y luego se analizaron estas dinámicas en el contexto concreto de la influencia de las minorías en el diseño de la agenda política, la cual tiene su epicentro en la política congresional.

El sistema político estadounidense fue bosquejado desde sus orígenes para mantener la fragmentación del poder y para ser permeable a las diversas facciones que reproducirían su dinamismo; sin embargo, ante el gran número de nuevos intereses, de influencias entrantes y de dispersión del poder que tras el acceso de los grupos podría acontecer, las estructuras gubernamentales del país norteamericano fueron proyectadas para asimilar el cambio a cuentagotas. Lo anterior se logró mediante la apertura de vías

de acceso que sólo pudieran ser aprovechadas por aquellos actores vocales, organizados, con cierto grado de madurez política, con un mínimo conocimiento de cómo opera el gobierno y con capacidad para aprovechar los recursos disponibles.

Sin duda alguna, esto ha sido un arma de doble filo para los *outsiders*, puesto que puede agilizar su incorporación o reafirmar su exclusión de la política *mainstream*. Es decir, las estructuras con sus organizaciones, convenciones y reglas no escritas pueden perpetuar las desigualdades en la influencia política por un lado, o pueden implicar la disolución de sus agendas en los corredores del poder, del otro. En este sentido, el escenario dependerá tanto de las estructuras políticas como de la agencia de los grupos.

En particular, la apertura constituye un arma de doble filo para aquellos colectivos que están intentando salir de la exclusión sistemática a la que fueron sometidos oficialmente durante siglos, la cual no se ha podido acabar por decreto, sino que ha adoptado formas más sutiles de segregación, obstrucción y supresión políticas. Lo mismo sucede con el hecho de que no basta con reconocer derechos a los grupos y que repentinamente se abran vías de acceso; esto, debido a que, mientras tanto, las minorías están intentando descifrar cómo ejercer esos derechos; en el ínter tienen que desentrañar el funcionamiento del gobierno y conocer los arreglos del poder. Haciendo una analogía con una carrera de atletismo, las minorías están en las marcas de salida más desventajadas, desconocen la estrategia de sus oponentes, tienen que aprender las reglas del juego sobre la marcha, y todo eso también implica tener que reconstruir su estrategia rápidamente tras los tropiezos.

Además de los desafíos para aprovechar los canales de acceso que entran dentro del ámbito de acción de las minorías, también encontramos factores externos que limitan el despliegue de su capital político en la política institucional. Por ejemplo, los afroamericanos están sujetos recurrentemente a la supresión electoral, sus comunidades son blanco del *gerrymandering* y el encarcelamiento masivo provoca que muchos de ellos pierdan sus derechos. Las comunidades latinas también son sujeto de este redistritaje quirúrgico para diluir su capital electoral; la parsimonia en la reforma migratoria mantiene a muchos residentes sin una vía para obtener derechos civiles y políticos plenos; a esto hay que sumar el constante cuestionamiento de la legitimidad de sus reclamos en la esfera pública por parte de los nativistas. En la misma dirección, las mujeres se enfrentan a techos de cristal, a la descalificación constante de

sus capacidades y al cuestionamiento de sus demandas con carga de género en la esfera política.

En el caso de las minorías ideológicas, estos grupos encuentran obstáculos a sus agendas a través de los mecanismos de deliberación y de mediación política. Estos colectivos navegan contracorriente, pues sus demandas con frecuencia van en diferente dirección del sentido común de la política *mainstream* centrista. Estos argumentos hacen que las demandas socialistas y de la extrema derecha sean fácilmente purgadas de la agenda nacional por el *establishment*, que tiene un mayor control para definir cuáles reclamos de las minorías son políticamente legítimos y califican para la acción legislativa.

La agencia de las minorías ha dejado huella sobre las estructuras del gobierno contemporáneo estadounidense. Hay varios indicadores que nos demuestran tanto las modificaciones logradas como los obstáculos a los que se siguen enfrentando. Entre los cambios que resultan más evidentes encontramos el aumento en la representación descriptiva/directa de las minorías en los órganos legislativos y ejecutivos del Estado, así como variaciones en la receptividad y responsividad a sus demandas. Ahora bien, existen otras transformaciones que no son tan evidentes a primera vista y que ponen a prueba al pluralismo, ilustrando qué tan sesgado o qué tan incluyente puede llegar a ser el sistema político estadounidense.

Como ejemplo de estas dinámicas más imperceptibles encontramos: la regeneración de las plataformas a partir de la asimilación de agendas minoritarias que inclusive logran llegar a ser abanderadas por el *establishment* en el Congreso. En el mismo rubro también observamos las modificaciones sustanciales a los mecanismos de operación del gobierno, la incorporación de nuevas convenciones, así como la emergencia de nuevos espacios de influencia como son los *caucus*, los comités de acción política y otros escenarios de socialización. A continuación, se analizará cada uno de estos cambios a la par de la recapitulación de las dinámicas más relevantes desplegadas en cada rubro por las minorías que fueron exploradas en este libro.

Todas las minorías políticas analizadas han atravesado por procesos de articulación de agencia política que las han llevado a aumentar su influencia sobre el gobierno y la actividad congresional estadounidense. Mediante su movilización, cada uno de los grupos ha cambiado la composición del gobierno, mejorando así su representación descriptiva en el Congreso, el epicentro de la acción política institucional; sin embargo, la proporcionalidad en

éste, el principal organismo representativo del gobierno, aún está lejos de alcanzarse. Adicionalmente, también hay otras oficinas públicas locales y federales que aún permanecen como una tierra de conquista para la representación espejo de las minorías.

Por ejemplo, con respecto a las minorías visibles, a lo largo de este libro se documentó cómo 2018 fue un año de conquistas de espacios políticos. La legislatura 116 fue la más diversa de la historia, al ser un 23.7 por ciento femenina, un 10.8 por ciento afroamericana y un 8.9 por ciento latina. Sobre las minorías ideológicas, alrededor de noventa y ocho miembros del Congreso pertenecían al *caucus* democrático progresista y casi una decena de ellos eran abiertamente miembros del grupo Socialistas Democráticos de América. *Alt-right* estaba a hurtadillas e intermitentemente representada por el *freedom caucus* en el Capitolio y por funcionarios de la Casa Blanca; no obstante, como hemos insistido a lo largo de este libro, más representación espejo en los órganos responsables del diseño político no se traduce lineal y acumulativamente en mayor discusión de su agenda, ni tampoco en un incremento automático en la responsividad a la política de las minorías.

Si bien se tiende a asumir que una identidad compartida es equivalente a preferencias políticas similares para todos los miembros, lo cierto es que las preferencias más específicas al interior de las minorías difieren de las de las mayorías, pero no en la misma medida y con el mismo contenido para todos sus simpatizantes. Las agendas de las minorías reflejan aquellos temas a los que se ha dado prioridad en su activismo y frente a los que se presentan como una fuerza unificada en el escenario público. Aunque estas agendas no necesariamente constituyen demandas monolíticas con el mismo contenido y con la misma prioridad para todos los activistas.

En todos los casos analizados hubo voces disidentes en torno al contenido de los temas en la agenda que la minoría estaba impulsando. En el de los afroamericanos, los temas de mayor polarización fueron las posturas en torno a los programas de acción afirmativa, la percepción sobre la instauración de cuotas raciales y el dilema sobre cómo deberían operar los mecanismos de reparación. En el caso de las mujeres, no todas consideran que se verían beneficiadas por la Enmienda por los Derechos Igualitarios, ya que unas perderían su acceso a programas especiales de los que se benefician precisamente por el género (por ejemplo, las mujeres tienen prioridad en apoyos a familias monoparentales, hijos dependientes y permisos de maternidad); también,

las mujeres provida se oponen al financiamiento público del aborto que generaría la reforma. En referencia a los latinos, hay muchas divergencias al interior del colectivo: no todos priorizan la lucha por una amnistía para los migrantes indocumentados, no todos apoyan el estatus de protección temporal (*temporary protected status*, TPS) para los centroamericanos, no todos se alinean con la causa ciudadana boricua y los cubanos difieren más que otros subgrupos nacionales sobre la agenda latina. En el caso de ambas minorías ideológicas examinadas, el grado de radicalidad de las demandas y la profundidad de las reformas propuestas varía considerablemente entre cada uno de sus miembros.

Sin embargo, estas diferencias de contenido sólo esporádicamente han constituido un elemento de desmovilización para las minorías políticas. Esto ha sucedido porque el tópico en su conjunto es adjudicado como una causa propia por parte del colectivo políticamente activo, que indudablemente movilizará a un segmento importante —ya sea en números absolutos o en niveles de influencia— de sus miembros. Entonces, es a partir de estas dinámicas y temas que las minorías estarán más motivadas a participar, más dispuestas a negociar alianzas, a constituir redes y a desplegar agencia dentro de las instituciones deliberativas.

Por medio de los estudios de caso, ilustré cómo para poder desplegar mayores niveles de influencia sobre las instituciones las minorías tuvieron que haber atravesado un proceso de maduración política, dinámica que a su vez derivó en una complejización de su agencia. Es decir, no basta con que los colectivos sean vocales en el país a través de la capacidad de protesta multitudinaria, sino que deben ser capaces de articular propuestas de modo que no sean visibilizados sólo en coyunturas y tiempos electorales, sino en el acontecer cotidiano. Además, esto es un proceso de aprendizaje político e incluso de experimentación para los grupos, ya que los mecanismos que funcionan en las calles y entre los *grassroots* no operan igual en el Capitolio ni en la Suprema Corte.

Las minorías políticas estudiadas —en menor o mayor grado— se caracterizaron por la capacidad de desplegar acción colectiva contenciosa y no contenciosa. El primer caso consistió en demostraciones masivas como megamarchas, boicots e incluso acciones de desobediencia civil y disturbios. Este tipo de actos buscan ejercer presión sobre la opinión pública y los representantes; igualmente, funcionan para canalizar la frustración de los

colectivos ante la parsimonia legislativa. Asimismo, las minorías analizadas también ejercieron acción colectiva no contenciosa, la que se basa en la cooperación con *stakeholders* y otros aliados, que implica utilizar los recursos ofrecidos por *insiders* como las organizaciones incubadoras de liderazgo, los *caucus* y los foros especializados, que requiere del *lobby* en el Congreso y el litigio estratégico en las cortes federales, que involucra la redacción y promoción de iniciativas de ley, la capacidad de movilización electoral, así como otras estrategias similares que buscan influir en la política institucional.

Los afroamericanos constituyen un colectivo fragmentado, tienen amplia capacidad de movilización para articular protestas masivas y disturbios frente a la agresión racial y los episodios fatídicos de brutalidad policiaca; sin embargo, su pesimismo político y los bajos niveles de confianza en las instituciones gubernamentales tienen como resultado una capacidad más limitada para responder a los llamados a la acción política no contenciosa. Una mayor capacidad de movilizar su agencia dentro de las instituciones los ayudaría a hacer avanzar sus agendas para convertirlas en leyes y política pública; les permitiría dismantelar las maquinarias de supresión electoral para lograr una representación más justa de sus comunidades en el Congreso, contribuiría a desarrollar la capacidad de reemplazo político hacia sus representantes inefectivos, ésos que sólo lo sean por afinidad racial o por provenir de sus distritos minoría-mayoría.

Los latinos han desarrollado un grado similar de movilización masiva de bases ante leyes que criminalizan y estigmatizan a su comunidad, pero esta minoría tiene una visión más positiva de la política institucional y una mayor confianza en sus candidatos coétnicos. Estas dinámicas frecuentemente los ponen en riesgo de convertirse en una clientela política. Las relaciones de patrocinio político traen beneficios materiales y canales de comunicación con sus representantes, pero también limitan los niveles de incidencia de la minoría, erosionan su capacidad propositiva, crean redes de nepotismo y corrupción, los mejores situados se benefician más y aquellos que tienen legítimas aspiraciones pero carecen de conexiones no pueden llegar a oficinas públicas como el Congreso. Otro problema actual de los latinos consiste en generar afinidad política con la mayoría y con otras minorías, de modo que sus demandas no sean vistas como particularistas y poco concernientes a la agenda nacional.

Las mujeres han desarrollado una capacidad asociativa muy alta a través de sus redes de organizaciones que han facilitado la incubación de líderes

activistas y el impulso de más mujeres políticas en las oficinas públicas. Los nuevos récords de mujeres electas al Congreso se deben en gran parte a sus comités de acción política, al *caucus* de las mujeres y a organizaciones que buscan aumentar la representación descriptiva femenina en el gobierno. Las mujeres son muy activas en la política dentro y fuera de las instituciones; su mayor problema ha sido encontrar cómo tender puentes entre representantes políticas y activistas que sean más sólidos que las coyunturas y que no desanimen a sus bases de apoyo. En este momento están tan ocupadas rompiendo las vigas del techo de cristal que tienen poco margen de acción para la innovación en la política de las mujeres.

Esta vía de las feministas contrasta con el caso del ala progresista. Estos colectivos han sido muy dinámicos en su activismo, pues lo han acompañado de propuestas políticas concretas, han apoyado las campañas de candidatos que impulsen su plataforma en el Capitolio que, además, una vez en el cargo sí han sido responsivos, pues han introducido sus iniciativas y reformas en el pleno. Por otro lado, en la esfera pública les ha sido muy difícil quitarse la etiqueta de radicales y comunicar concretamente en qué consiste su socialismo democrático. Su mayor desafío ha consistido en convencer al resto de la sociedad de la necesidad de sus reformas y de los beneficios de sus propuestas, ya que estas agendas de redistribución requieren cambios importantes a corto plazo con altos costos políticos, pues proponen que sus resultados serán a largo término.

Por el lado contrario, *Alt-right* ha prosperado en convencer a los blancos pobres indignados del Medio Oeste y en reclutar a individuos de clase media alta que temen el “gran reemplazo”. El ingobernable ciberespacio ha sido el escenario propicio para la difusión de su posverdad, para la acción de sus *trolls* y para recetar “píldoras rojas” a indignados que son potenciales miembros de su movimiento. Ante su avance, el *establishment* ha encontrado en la ética política y en la mediación congresional —que caracteriza al órgano representativo y deliberativo por excelencia— a sus principales aliados para excluir a la extrema derecha de la política institucional; sin embargo, los populistas de derecha siguen dando juego a estos colectivos en el ámbito público a cambio de sus votos. La metapolítica desestabilizadora de *Alt-right* no es nueva ni exclusiva del contexto estadounidense, pero este país tiende a sancionar menos este tipo de movimientos, los cuales inclusive se han amparado en principios constitucionales y libertades civiles para defender su existencia.

La regeneración de las plataformas políticas nacionales es otro de los efectos más deseados en el proceso de incorporación de las minorías. Un resultado que implica una mayor aceptación y un menor cuestionamiento de sus reclamos en los escenarios políticos. En esta dirección, las dinámicas agendas de las minorías están en pie de lucha para agregar demandas y propuestas que, en el mejor de los casos, incluso pueden llegar a ser abanderadas por las elites políticas del país.

En el caso de los afroamericanos, uno de los temas que han encontrado más eco al interior del *establishment* es la necesidad de reformar el sistema de justicia criminal y la brutalidad policiaca. En parte, el movimiento *Black Lives Matter* y los disturbios que se desatan luego de los constantes y desafortunados incidentes de violencia racial traen el tema a la esfera pública. El problema es que además de la protesta también se necesita la propuesta. Una vez pasadas las manifestaciones se deben buscar mecanismos para que las reformas sean introducidas por sus representantes, para que se produzca una adecuada implementación pública de las leyes contra el racismo y en favor de la inclusión en las oficinas públicas, para ejercer sanción y reemplazo contra sus representantes en caso de que suceda lo contrario.

En relación con las mujeres, en el contexto actual no ha habido un incremento en las demandas con carga de género. El principal problema es que la composición partidista y el gobierno dividido que han favorecido a los republicanos —partido que, en general, ha tenido la tendencia a excluirlas de la agenda y de la boleta electoral— han obstaculizado que se promulguen leyes relacionadas con la política de las mujeres. En lo que sí ha habido regeneración es en que ya es normal que en las ternas para dirigir oficinas públicas importantes se incluya con bastante frecuencia a nominadas —principalmente por el Partido Demócrata—, y en que más mujeres estén ocupando posiciones de liderazgo en el gobierno federal.

En cuanto a los latinos, sus colectivos son los que más han batallado para que su agencia política tenga como resultado un aumento de influencia en el proceso de regeneración de las plataformas del país. Hay un eco constante hacia los reclamos de que el sistema migratorio está fracturado y que no funciona para gestionar la demanda de mano de obra extranjera que requiere el país; sin embargo, la última reforma migratoria es del siglo pasado. En el Congreso se han introducido iniciativas para hacer modificaciones parciales al sistema migratorio, pero nunca han prosperado a pesar de que

la mayoría de estos proyectos de ley han sido bipartidistas. El otro gran problema de los latinos son los obstáculos que se derivan del inmediato confinamiento de sus identidades políticas a la migración y el trabajo por parte del *establishment*. Esta dinámica se atribuye, en parte, a sus dificultades para comunicar otros proyectos y a la lenta adopción de causas propias en Estados Unidos.

Los progresistas han logrado que temas como el cambio climático, la salud y la educación logren regenerar la agenda pública. Estos temas se debaten constantemente, pero con distinto contenido y poco consenso sobre cómo hacerles frente. En este sentido, el lento avance en la promulgación de leyes y diseño de políticas en torno a estos rubros se debe a que implican altos costos económicos, sociales y políticos inmediatos que prometen resultados a muy largo plazo. Históricamente, el Congreso favorece la política distributiva y no la redistributiva; aunque, por lo menos, los progresistas constituyen colectivos muy propositivos, a diferencia de la extrema derecha, cuyo papel en la regeneración política es más de oposición, diatriba y obstrucción al cambio.

Estas dinámicas de las minorías han probado cómo los esfuerzos que los grupos han emprendido para definir, celebrar, deconstruir y presentar sus identidades políticas en la esfera pública influenciarán el grado de agregación de sus intereses, relaciones, estructuras y espacios de socialización. La representación efectiva que un grupo reciba de sus gobernantes no depende solamente de la movilización de su capital político, de los esquemas exitosos de liderazgo y de la articulación de redes que desarrollen. Además de la agencia colectiva, la otra variable será el grado de apertura del *establishment* y las convenciones de la política *mainstream*. También hay factores situacionales, amenazas económicas y mecanismos de mediación que frenan o catalizan estos esfuerzos.

Cada una de las minorías en torno a las que reflexiona este libro dejaron de manifiesto cómo actualmente existen importantes proyectos de resistencia, resiliencia y cambio en Estados Unidos. Ahora bien, en ningún lado está escrito que la incursión de nuevas identidades políticas implica un viraje automático hacia la inclusión, la tolerancia y el progreso. Estas dinámicas pueden acontecer en la dirección contraria, como lo ha demostrado el populismo de derecha, el ceñimiento hacia la alineación partidista sobre la salvaguarda de la ética política, y la persistencia del racismo y la segregación institucional.

El sistema político estadounidense está en constante construcción y expansión. Por un lado, esto implica que está abierta la puerta al incremento

de las protecciones a los derechos fundamentales y las libertades civiles, a la incorporación de nuevas generaciones de derechos y demandas de justicia social, así como a la promulgación de leyes y políticas en torno a novedosas materias. Por otro lado, eso también permite que la dirección en la que se resuelvan los reclamos y se incorporen las demandas pueda estar en detrimento de algunos sectores sociales como las minorías y los vigías del tercer sector, que tengan como resultado cambios autoritarios que malinterpreten los valores democráticos y atenten contra el progreso.

Cuando los arreglos de poder y las convenciones dentro de un sistema político han persistido a través de los siglos y han sobrevivido casi intactos a importantes cismas, este sistema parece ser inmutable e inalterable. Sólo tras analizar cuidadosamente las interacciones que concurren podemos observar que han evolucionado sus códigos, que han surgido nuevos agentes políticos y otros han extendido sus reclamos, que hay nuevos reacomodos de poder y persisten germinando semilleros de transformaciones. Las minorías políticas son sólo uno más de los actores colectivos que, con diversos niveles de influencia y diferentes recursos, están tratando de incidir en la política estadounidense.